

CAPITULO VIII.

1848.

Sitían los indios á Ticul.—Rudos combates con los defensores de la plaza.—Importantes servicios que presta una columna situada en Sacalum á las órdenes de D. Pablo A. Gonzalez.—Causas que obligan á D. Alberto Morales á desocupar á Ticul.—Operaciones militares en los partidos de la costa y del oriente.—Sitilpech y Pilam.—Asedio de Ixamal.—Fuerzas situadas en Citilcum y Cacalchén auxilian varias veces á aquella plaza importante.—La hace desocupar sin embargo el coronel Bello.—Causas de esta determinacion.—Juicio del boletín oficial.—Situacion deplorable á que se vé reducida la península.—Llega á desesperarse de su salvacion.

Los indios no se hicieron aguardar por mucho tiempo en Ticul, donde se habían concentrado casi todas las fuerzas de la primera Division, aumentadas con un cuerpo de 300 hombres que vino de Mérida al mando del coronel D. José Dolores Cetina. Los sublevados se fueron aproximando paulatinamente, y aunque fueron batidos por las tropas del gobierno en los caminos de Jan y Oxkutzcab, en la tarde del 16 de abril se presentaron súbitamente en grandes masas al rededor de aquella villa, anunciándose con una gritería salvaje, que se dejaba oír por todas direc-

— 121 —

ciones. Trabóse inmediatamente un reñido combate entre los agresores y los defensores de la plaza, y aunque la artillería hizo grandes estragos en las filas de los primeros, sobrevino la noche sin que se hubiese logrado ahuyentarlos.

A la mañana siguiente volvió á empeñarse con nuevo vigor la batalla, en toda la línea que cubrían las fuerzas del gobierno. Los indios parecían haberse aumentado, y no solo se les veía tras de las numerosas trincheras que habían levantado durante la noche, sino tambien en las copas de los árboles. A las nueve de la mañana, el jefe de la plaza, D. Alberto Morales, hizo salir dos secciones que puso á las órdenes del coronel Cetina y del capitán Ruiz, para que despejasen los caminos de Muna y Nohcabcab, hoy Santa Elena. Cada una de estas secciones se compuso de 250 hombres, y ámbas ejecutaron las operaciones que se les había encomendado con tanto valor y decision, que lograron desalojar á los indios de los atrinchamientos que habían formado en aquellos caminos, causándoles pérdidas de alguna consideracion. Tambien los indios que asediaban la poblacion por el lado del Norte fueron vigorosamente atacados por una fuerza de 200 hombres que se desprendió de Sacalum al mando del teniente D. Pablo Antonio Gonzalez, conforme á las instrucciones que había recibido del jefe de la division. Esta fuerza penetró á Ticul despues de quitar ocho trincheras al enemigo, y en seguida se retiró al pueblo de donde había partido, porque así lo exigía la importante mision que se le había confiado de mantener las relaciones entre la poblacion sitiada y la capital del Estado (1).

Poco fué lo que se ganó realmente con los dos triun-

(1) Boletín oficial del gobierno de Yucatan, número 4, correspondiente al 18 de mayo.—Este periódico que vino á sustituir á "La Union" salia todos los dias, con el objeto de imponer al público con la mayor frecuencia posible, de los sucesos de la guerra.

fos de que acabamos de hablar, porque los indios volvieron á ocupar las posiciones de que se les desalojó, luego que se retiraron las fuerzas del gobierno. Los del camino de Pustunich emprendieron un ataque vigoroso sobre la plaza en la tarde del 18; pero aunque salieron de sus posiciones en número de 2,000 para arrojarse sobre una trinchera guarnecida por 150 blancos, y aunque el combate duró hasta la madrugada del día siguiente, se retiraron al fin sin conseguir su objeto. El 19 continuó el ataque por otros puntos de la línea, y habiendo tenido noticia el Sr. Morales de que los indios estaban levantando nuevas fortificaciones para estrechar mas el sitio de la plaza, dispuso que saliera á impedirlo una sección de 300 hombres que puso á las órdenes del coronel Cetina. Esta fuerza se replegó á la plaza en la tarde, despues de haber conseguido en parte su objeto, y causado algunos estragos al enemigo en el camino de Chapab.

En la mañana del 20, D. Pablo A. Gonzalez salió de Sacalum con una sección de 250 hombres con el objeto de conducir parque á Ticul y explorar el campo de los sublevados. No fué tan feliz, como en su primera incursión, porque una legua ántes de aquella villa se vió bruscamente detenido por los indios que se hallaban emboscados y atrincherados en el camino. Al cabo de una hora de combate logró superar este obstáculo y entró á la tarde en Ticul con el parque de que tanto necesitaban sus defensores. Dos horas despues intentó regresar á Sacalum con algunos heridos que le había confiado el coronel Morales; pero los indios que habían vuelto á emboscarse y á atrincherarse en el tránsito le opusieron tan viva resistencia, que se vió obligado á replegarse á Ticul por el temor muy fundado de que las sombras de la noche viniesen á empeorar su situación. A la mañana del día siguiente volvió sin embargo á emprender su marcha, y como

traía consigo el auxilio de 200 hombres de la guarnición de Ticul, pudo vencer todos los obstáculos que los sublevados amontonaron en el camino para impedirle el paso (2).

Tres días despues de este suceso, el mismo Sr. Gonzalez se dirigió á la hacienda Suná, donde los indios habían establecido un canton y de donde salían para obstruir el camino de Ticul. Como su objeto era pasar en seguida á esta villa, donde se dejaba oír un vivo tiroteo desde la noche anterior, dispuso que marchase al mismo punto por la vía principal el capitán D. Tranquilino Puerto con una fuerza del 1.º que acababa de venir de Mérida. Gonzalez consiguió completamente su objeto, pues no solo derrotó á los indios en Suná, haciéndoles quince muertos y varios heridos, sino que tambien les quitó varios víveres que condujo en seguida á Ticul. No sucedió lo mismo con la fuerza que llevaba el capitán Puerto, porque habiendo sido derrotada por los bárbaros que obstruían el camino, se replegó en desorden á Sacalum. Los vencedores se vinieron en pos de los fugitivos, y como este pueblo se había quedado sin ninguna defensa, los bárbaros se cebaron en él, asesinando á los habitantes que no pudieron huir, é incendiando sus casas de paja.

Las columnas de humo que levantaba el incendio, anunciaron en Ticul este trágico suceso. D. Pablo Antonio Gonzalez consiguió del jefe de la Division un pequeño refuerzo, y con él emprendió su vuelta para el pueblo incendiado, en donde solo encontró casas humeantes y cadáveres horriblemente mutilados. Entónces continuó su marcha para esta capital, y habiéndose proveído aquí de algunos nuevos recursos que le facilitó el gobierno, regresó á Sacalum, dió sepultura á los cadáveres, y poco despues se vió obligado á abandonar aquel pueblo, á causa

(2) Boletín citado, número 7.

de la completa desolacion en que lo habían dejado los bárbaros (3).

La villa de Ticul se hallaba entretanto próxima tambien á sucumbir. Las numerosas hordas que la asediaban, parecían aumentarse de dia en dia, y su jefe Jacinto Pat estaba empeñado en rehabilitarse ante los suyos con un golpe decisivo. Propúsose estrechar el sitio, y los indios pusieron en juego algunos medios ingeniosos para aproximar sus trincheras á las de la plaza. Se echaban boca arriba en el suelo para que no los ofendiese la artillería, y se les veía empujar con los piés las piedras que debían servir para las fortificaciones. Otros se situaban en puntos estratégicos para ofender mejor á las fuerzas del gobierno, y como éstas se viesen en la necesidad de hacer un fuego constante de fusilería y artillería para impedir aquellas operaciones, acabaron por consumir casi del todo sus municiones de guerra. D. Alberto Morales se resolvió entónces á desocupar la poblacion, porque el incendio de Sacalum de que tenía ya noticia y el hecho de haber transcurrido cinco dias sin tener comunicacion ninguna con la capital, le hicieron comprender que no podía esperar ningun auxilio exterior.

La desocupacion tuvo lugar en la mañana del 27 de mayo; y aunque se dictaron varias disposiciones para que se verificase con órden, el terror que los indios habían logrado infundir en las tropas del gobierno, produjo escenas muy semejantes á las de Valladolid. D. José D. Cetina se situó en una hacienda, llamada San Joaquin, con el objeto de proteger la retirada, cuyo movimiento se verificó sin ningun contratiempo. En seguida comenzaron á replegarse á la plaza las fuerzas avanzadas con el objeto de que unidas á las demás que quedaban en la poblacion,

(3) Boletín oficial, números 9 y 11.

saliesen escoltando á las familias. Pero en los momentos en que se verificaba esta operacion, los indios se precipitaron súbitamente dentro de la línea de defensa, y habiendo huido cobardemente hácia los bosques inmediatos una parte de nuestra fuerza, algunas mujeres y niños fueron víctimas del furor salvaje del invasor. El resto de la fuerza y de las familias tomó precipitadamente el camino de San Joaquin, y desde el momento en que se hallaron bajo la proteccion de Cetina que cubría aquella finca, amainó completamente la persecucion de los bárbaros. A las cuatro de la tarde del dia siguiente, D. Alberto Morales llegaba con su destrozada division á la hacienda Uayalceh, que solo dista ocho leguas de Mérida, y en la cual había hecho situar una fuerza el gobierno desde la pérdida de Sacalum (4).

Graves sucesos ocurrían por la misma época en el partido de Izamal, donde como hemos dicho se hallaba situada la cuarta Division, al mando del coronel D. José del Carmen Bello. Los indios, despues de la desocupacion de Valladolid, Espita y Tizimin, se habían venido esparciendo hasta mas acá de Tunkás, aunque con cierta flojedad y negligencia, debidas acaso á que muchos abandonaron entónces las armas para quemar sus sementeras. Parece tambien que la captura del vicario Sierra y de algunos otros eclesiásticos les proporcionó por la misma época la oportunidad de celebrar varias fiestas religiosas (5), por las cuales, ó mas bien dicho, por las orgías con que las acompañaban, abandonaban gustosos el campo de batalla.

Esta calma duró hasta principios del mes de mayo, en que despues de algunos movimientos de poca impor-

(4) Boletín citado, número 13.

(5) Diario del vicario Sierra, citado por D. Serapio Baqueiro, quien lo tuvo á la vista para escribir su *Ensayo*.

tancia que se verificaron en la region de la costa, los indios atacaron por fin el pueblo de Sitalpech, que solo dista unas cuatro millas de Izamal. Los agresores fueron rechazados dos veces por las fuerzas que guarnecían aquel pueblo al mando del teniente coronel D. José Dolores Baledon, á pesar de que en el ataque del día 9 avanzaron hasta á una distancia de tres cuadras de la plaza, dando evidentes señales de que intentaban sitiaria. Los indios, lejos de desanimarse por estas derrotas, ocuparon pocos dias despues la hacienda Chovenché, situada entre Izamal y Sitalpech, con el objeto sin duda de aislar á Baledon y obligarlo á abandonar el pueblo que guarnecía. El coronel Bello hizo salir inmediatamente de Izamal una fuerza de 350 hombres; y aunque ésta derrotó completamente y dispersó á los sublevados, el pueblo de Sitalpech fué abandonado el día 15, replegándose su guarnicion á aquella ciudad (6).

Desde este momento comenzó á notarse una actividad sorprendente en las operaciones de los indios. El pueblo de Ojilam, situado á tres leguas de la costa, sufrió un ataque tan vigoroso, que su guarnicion se vió obligada á desampararlo, retirándose en desórden á Ojiantun, despues de un día de combate. Los indios cometieron en aquel pueblo las depredaciones de costumbre, y en seguida lo abandonaron tambien para incorporarse á las fuerzas que debían operar sobre Izamal. Bien pronto fué conocida la intencion de los bárbaros respecto de este asunto, porque comenzaron á devastar los alrededores de aquella ciudad, como hacían siempre que querían apoderarse de alguna poblacion. Todas las haciendas comarcanas fueron sucesivamente víctimas del incendio y del pillaje, y en cuanto á los pueblos de Tepakan y Teya, el primero fué reducido

(6) Boletín oficial, número 2.

á cenizas, y el segundo amenazado de correr igual suerte.

Por último, los indios se presentaron en Izamal en la mañana del 20, anunciándose con una gritería compacta y prolongada, que se dejaba oír en distintas direcciones. Al mismo tiempo colocaron una trinchera á tiro de fusil de la plaza en el camino de Sitalpech, y en seguida otras al sur y al poniente, dejando únicamente descubiertos algunos caminos de haciendas, por los cuales podía intentarse una retirada á Tekantó. Los defensores de la ciudad intentaron oponerse al sitio, haciendo un fuego constante de fusilería sobre los indios, además de los tiros que disparaba la artillería, situada ventajosamente en uno de los cerros que se levantan al rededor de la plaza. Pero los sitiadores no cesaron en su empeño y conservaron sus posiciones hasta el momento en que las sombras de la noche obligaron á unos y otros á suspender las hostilidades. Bello comunicó este suceso al general en jefe que residía en Mérida, y pidió al mismo tiempo auxilio de hombres y municiones de guerra para conservar la interesante plaza que tenía órden de defender á toda costa.

Hacia algun tiempo que el general Llergo venía dictando las disposiciones necesarias para impedir que Izamal cayese en poder de los sublevados. Por órden suya el coronel D. Juan José Méndez que se hallaba en Cacalchén con una fuerza, había subido hasta Citileum, y de este último pueblo salieron cien hombres al mando del teniente coronel D. Sebastian Molas para llevar á la ciudad sitiada los pertrechos de guerra que había pedido el jefe de la division. Esta fuerza penetró sin grandes obstáculos en la plaza; pero el coronel Bello no las dejó salir só pretexto de que las tropas que tenía, no bastaban para la defensa de la ciudad. Esta determinacion no dejó de perjudicar á las operaciones de la guerra, porque debilitado el canton de Citileum, ya se hicieron muy difíciles las co-

municaciones con Izamal. Los indios no tardaron en aperturarse de esta debilidad, y el día 25 atacaron á D. Juan José Méndez, desprendiendo un número considerable de las masas que asediaban la antigua corte de Zamná. Pero las fuerzas del canton se defendieron con bizarría, y los indios fueron rechazados y perseguidos hasta una distancia considerable.

Fuera de la resolucion que acabamos de indicar, existían otros obstáculos aun mas poderosos, que se oponían al buen éxito de las operaciones. D. José del Carmen Bello y D. Juan José Méndez eran enemigos políticos, á causa de que el primero era partidario de D. Santiago Méndez y el segundo de D. Miguel Barbachano. Parecerá extraño sin duda que en aquellos momentos de angustia para la patria, todavía se hicieran sentir las rencillas de partido en perjuicio de la salvacion comun. Nada era sin embargo mas cierto, y aun cuando no existieran otras pruebas del hecho, bastaría para revelarlo el tenor de las notas que cada uno de aquellos jefes dirigía al general Llergo. Cuando Bello decía que estaba exhausto de víveres y municiones, Méndez lo negaba; y cuando el primero aseguraba que el sitio de Izamal se extendía hasta el camino de Citilcum, el segundo afirmaba lo contrario. La imparcialidad histórica exige que consignemos aquí que el coronel Méndez tenía razon en general en cuanto decía, y que si no hizo en favor de su antagonista todo cuanto hubiera pedido, al ménos cumplió leal y valerosamente las órdenes que recibía del general en jefe.

La situacion de Izamal no era tan grave, como la pintaba el coronel Bello. Es verdad que eran bastante numerosas las masas de indios que asediaban la ciudad, y que cada día aproximaban mas sus trincheras á la línea de defensa. Pero las tropas de la plaza se batían todavía con entusiasmo y salían generalmente vencedoras en los

encuentros que tenían con los sitiadores: el parque no debía escasear porque hasta el día 25 entraron doce cajas que vinieron escoltadas desde Citilcum; y por último, el gobierno haciendo un esfuerzo poderoso había reunido cerca de quinientos hombres que estaban próximos á llegar á la ciudad sitiada, pero que D. Juan J. Méndez detuvo en su campamento, porque recibió de Bello la inesperada noticia de que en un consejo de guerra había sido acordada la desocupacion de aquella plaza, por la falta de elementos necesarios para su defensa.

No hubo tiempo para poner en conocimiento del gobierno esta grave resolucion, porque en la mañana del 29 de mayo el coronel Bello se presentó súbitamente en Tekantó con los ochocientos ó mil hombres que acababa de sacar de Izamal, é inmediatamente se ocupó de dar una parte en que procuraba cohonestar la desocupacion de aquella ciudad. Decía en esta nota que en la noche anterior había subido á tal grado la audacia de los indios, que habían llegado á tocar con las manos las trincheras de la plaza, con el ánimo de echarlas sobre los soldados que no podían defenderlas por falta de parque. Añadía que en tal conflicto había determinado aprovechar sus últimos cartuchos en proporcionar una retirada que salvase á sus soldados, y que había verificado ésta por caminos extraviados, á causa de que la carretera principal estaba obstruida por el enemigo.

A fin de que el lector pueda formar una idea de la impresion que causó en el país el suceso que acabamos de referir, vamos á copiar en seguida un fragmento del editorial que estampó en sus columnas el Boletín oficial del día 30: "El abandono de la ciudad de Izamal que participa desde Tekantó el comandante de la 4ª Division que guarnecía con el grueso de sus fuerzas aquella plaza, ha sorprendido sobre manera al gobierno, al general en

jefe y al público en general. Es un hecho escandaloso que no sabemos cómo podrá cohonestar D. José Bello en un consejo de guerra, cuando en su comunicacion del día anterior, lejos de indicar la necesidad de aquel paso, participa por una parte haber causado al enemigo una pérdida considerable, y por otra haber recibido de Citileum en aquel mismo día doce cajas de parque y algunas piedras de chispa, y siendo también notorio que en todos los días anteriores recibió del mismo punto diversas remesas de municiones.—Alegar para justificar la vergonzosa evacuación de Izamal... carencia absoluta de municiones y hallarse muy estrechado por el enemigo, y en grandísimo peligro, es alegar causas falsas y poner de manifiesto que procedía sin razón alguna al dar un paso de tan trascendentales consecuencias en el estado actual de la guerra.... Izamal, posición ventajosa por su naturaleza, sin haber sido rigurosamente sitiada por los indios supuesto que tenía expeditos por lo menos los caminos de Tekantó y de Citileum.... no ha debido ser abandonada por ningún motivo ni pretexto....

La desocupación de Izamal, que siguió en muy pocos días á la de Ticul, hizo llegar al colmo la desesperación de la raza blanca. Nunca como entonces se creyó con más fundamento que Yucatan iba á perderse completamente para la civilización. Cuatro quintas partes de la península, cuando menos, se hallaban en poder de los bárbaros. Solo quedaban en pie las ciudades de Mérida y Campeche, algunos pueblos de sus alrededores, y los que se hallan situados en la carretera que une á las dos ciudades. Campeche podía descansar tranquilamente en sus murallas y en el mar que baña los cimientos de sus edificios; pero Mérida que solo contaba con unas fortificaciones improvisadas y con un desmonte que se había mandado practicar en circunferencia de la población, corría en

realidad en aquellos momentos el peligro inminente de ser embestida por los bárbaros. Es verdad que contaba todavía para su defensa con las fuerzas de la 1.^a División, que se habían concentrado en Cacalchen: con las de la 3.^a que residían en Hocabá; y con las de la 4.^a que se habían amontonado en Uayalceh. Pero todas estas fuerzas, con excepcion acaso de las de Hocabá, se hallaban en un completo estado de desmoralización. Habían venido retrocediendo constantemente delante de los indios desde los confines del sur y del oriente de la península hasta las inmediaciones de la capital. Y cuando se retrocede de esta manera ante un enemigo que siembra á su paso el asesinato, el robo y el incendio, el ánimo decae, el sufrimiento se agota, y hasta el ejército mas aguerrido llega á desconfiar de sus propias fuerzas.

No era esto todo. El antagonismo que reinaba entre los partidos de Méndez y Barbachano, y que realmente no se extinguió sino cuando estos dos hombres desaparecieron de la escena política, producía celos y desconfianzas, no solamente entre los jefes, como hemos visto, sino hasta en las últimas filas de nuestro pequeño ejército. La envidia roía el corazón de los partidarios de un bando cuando los del contrario alcanzaban algún triunfo ruidoso, y nadie veía sino con secreto placer la derrota de su enemigo. Cuando un jefe se encontraba en un grave aprieto, muchas veces no lo socorria el que podía hacerlo por no proporcionar un laurel á su enemigo político. Parecía que aquellos hombres se preocupaban menos de la salvación de la raza civilizada, que de la exaltación del bando á que respectivamente pertenecían. Cuando D. Santiago Méndez dió un grande ejemplo de civismo, entregando el gobierno del Estado á su antagonista Barbachano, no por eso conjuró el peligro. Si los *barbachanistas* habían puesto ántes todo su empeño en precipitar á aquel gobernante á

dar el paso á que acabamos de aludir, los *mendistas* comenzaron desde entónces á entibiarse notablemente, y aun á abandonar sus puestos en el ejército, con el deseo de crear dificultades al partido que odiaban.

Todas estas causas, unidas al miserable prest que tenía el soldado en campaña, y que generalmente se reducía á un rancho escaso y mal preparado, produjeron un resultado funesto en las fuerzas defensoras de la civilización. Ya hemos dicho que en Temax se sublevó el *Ligero* de Campeche, obligando á D. Agustín Leon á retirarse precipitadamente á Mérida: en Maxcanú se sublevó otra luego que D. Santiago Méndez abandonó el gobierno; y por último, también se insurreccionó una ó dos veces la fuerza que el gobierno situó en la hacienda Uayalceeh, durante el asedio de Ticul. Sucesos semejantes tuvieron lugar en algunos otros puntos del Estado, y como si esto no hubiese sido bastante para relajar la disciplina del ejército, varios de sus individuos desertaban aisladamente con el objeto de salvar á sus familias, hundidas en la miseria y en el abatimiento.

Si esto sucedía respecto del soldado, fácilmente puede comprenderse la honda impresion que en los demás habitantes de la península, causaron los repetidos triunfos de la raza indígena. Casi todos habian emigrado, como hemos dicho, á Mérida y Campeche, y puede calcularse en treinta ó cuarenta mil el número de los que llegaron á acumularse en la primera de estas dos ciudades. El jefe político D. Antonio G. Rejon, el capitán D. Juan Miguel Castro y otras muchas autoridades y personas caritativas, tomaron el mayor empeño en prestar toda clase de auxilios á estos desgraciados que llegaban desnudos y hambrientos á la capital. Casi todos los edificios públicos y un gran número de particulares se mandaron desocupar para alojarlos. El seminario conciliar de S. Ildefonso, el

colegio de S. Pedro, el antiguo convento de S. Francisco y las casas mas vastas de la ciudad, se veian henchidas de mujeres, de niños y de ancianos, que apenas osaban mostrarse en público, porque llevaban el traje desgarrado sobre el cuerpo y el abatimiento pintado en el semblante.

Pero la emigración no paró en Mérida y Campeche. Abrigábase generalmente el temor de que la península entera llegaría al fin á ser dominada por los bárbaros; y con este motivo muchas familias acomodadas comenzaron á emigrar también á la isla del Cármen, á la Palizada, á algunos Estados de la república mexicana, á Belice y á la isla de Cuba. Para hacer estos viajes, se hacia necesario desprenderse de todo aquello que los emigrados no podian llevarse consigo; pero como era muy difícil encontrar compradores, las ventas se realizaban á precios fabulosamente baratos. El que poseia una finca rústica ó urbana, se consideraba muy feliz cuando encontraba quien le diese por ella la décima ó vigésima parte de su valor. Los comerciantes publicaban anuncios, en que ofrecían vender los efectos depositados en sus almacenes al precio que quisiera señalarles el postor. Solo habia un negocio lucrativo en aquella época calamitosa: el de los dueños de carruajes y embarcaciones que conducian masas de emigrados á donde no podia alcanzarlas la cuchilla del salvaje.

Todo, en suma, parecia indicar que la civilización iba á desaparecer muy pronto de esta region del continente americano, en que habia sido implantada con todo género de dificultades. Los mismos hombres que en el campo de batalla disputaban todavía el último giron á los descendientes de los mayas, convertian con frecuencia los ojos hácia los países á que habian emigrado sus mujeres y sus hijos, y sentian que el arma se les deslizaba del brazo, al considerar que podian perecer en una lucha desesperada, lejos de los seres mas queridos de su corazón.